

19

Reflexiones sobre evangelización de las culturas

José Gómez Caffarena, S.J.

PRESENTACIÓN

La experiencia de inseguridad y desvalimiento de muchos cristianos de hoy ante las tendencias culturales y sociales del mundo contemporáneo plantea una acuciante y urgente pregunta: ¿las tradiciones y las costumbres ya no valen para formarnos la conciencia cristiana y actuar en consecuencia? En otras palabras: ¿cómo vamos a decidir con recta conciencia en medio de una sociedad cuyos valores no son cristianos?

La respuesta no está en un simple aceptarlo todo o rechazarlo todo. La nueva cultura secular y sus manifestaciones sociales en los significados lingüísticos, en las comprensiones de la realidad, en el sentido y fin de la vida humana, en las ideologías y sistemas políticos que conforman a su gusto las instituciones y la educación etc. . . , exige de los cristianos de hoy el camino del discernimiento para la formación de la conciencia específicamente cristiana en un mundo cambiante. La fe no puede dejar ni su historicidad ni su novedad sin dejar de ser tal. Don de Dios, la fe es asimismo tarea del hombre que se encarna y se manifiesta en los diversos horizontes culturales.

El planteamiento que de este hondo problema nos presenta José Gómez Caffarena es admirable en su concisión y en su precisión. Filósofo reconocido, miembro del instituto de investigaciones científicas de España, ha dirigido el Instituto Fe y Secularidad de Madrid, abocado al estudio de las relaciones vivas entre fe y cultura. El tratamiento sistemático, serio, de un asunto tan complejo manifiesta la maestría de Gómez Caffarena, tanto en presentar la temática real como en resolverla.

El Centro de Integración de la Universidad Iberoamericana se honra en publicar estas notas del Dr. Gómez Caffarena, preparadas para una charla a un grupo de profesores, durante su estancia en México el verano pasado.

Xavier Cacho, S. J.
Director del CIU
México D. F., diciembre 1992.

OBSERVACIÓN PREVIA

- Evangelizar es anunciar buena noticia. Hoy debemos añadir que ya está en todos germinalmente. Se trata de hacerla advertir, desarrollarla, celebrarla, hacer vivir consecuentemente.

- Eso en principio, es algo de persona a persona.

- Pero es fácil ver la fuerte interferencia de lo cultural; no podrá darse efectivamente el anuncio sino inculturadamente. Quizá “evangelización inculturada” sería un título más obvio para reflexionar. También, sin embargo, hay un sentido auténtico para el “evangelizar las culturas”.

1.- Qué puede ser evangelizar una cultura.

1.1 Ante todo, es oportuno destacar algunos elementos esenciales de lo que llamamos “cultura” por lo que aquí nos concierne.

1) El lenguaje. Es siempre el esencial. El ha permitido a los grupos humanos desarrollar su capacidad cognitiva y valorativa; y condiciona siempre (cada lengua) la imagen de la realidad que nos hacemos.

2) Las instituciones, es decir, las pautas regladas de conducta que están vigentes en cada grupo (sancionadas jurídicamente o no).

3) Los valores: juicios valorativos vigentes, que en lo supremo se tiñen de índole absoluta (constituyen lo que llamamos “ética”).

1.2 De hecho el anuncio cristiano siempre estuvo inculturado; desde un punto de vista superficial se diría que perteneció simplemente a tal cultura. Pero su esencial pretensión de “buena noticia universal” lo hacía siempre trascender. En la historia concreta siempre ha habido una transmisión que en parte iba envuelta en elementos de la inculturación precedente, en parte provocaba formas análogas, asumiendo algo de lo nuevo cultural, “inculturándose” de ese modo en ella.

1.3 Creo que cuando hoy en el ámbito cristiano nos planteamos el problema de “evangelizar las culturas”, lo hacemos por sentir incomodidad. En parte, de algo no bien hecho del pasado. En parte, de un desfase que surge por lo rápido del cambio cultural actual.

1.4 Se planteare problemas muy específicos y nada fáciles cuando se piensa en culturas en las que todavía está poco presente la fe (Asia, África) o lo está de manera no satisfactoria (sea porque en la evangelización precedente iba adherido demasiado revestimiento de cultura paleocristiana que no era esencial al mensaje, sea porque se asumía acriticamente demasiado de la cultura en que se hacía la evangelización).

No me siento competente para hablar de ello. Y pienso que aquí nos interesa, en todo caso, otro aspecto del problema.

1.5 Entiendo así este otro aspecto: Se ha producido en el mundo occidental el fenómeno sociocultural que hemos llamado “secularización”. Desfase muy fuerte entre la cultura

heredada en la que estaba fraguado el mensaje cristiano (lenguaje de la confesión de fe, teológico, símbolos, modos de institucionalización, valoración. . .) y la cultura emergente. El desfase amenazaba ruptura fatal. La consigna de aggiornamento fue lanzada por Juan XIII precisamente para evitarla.

- 1.6 Desde entonces hacemos todos más conscientemente y más decidida mente algo que algunos ya anticipaban: buscar la “transculturación” correcta para que el mensaje cristiano llegue a cada destinatario personal. Pero quizá, para que eso sea posible, para favorecer el anuncio personal, hace falta una actuación directa sobre la misma cultura: a esto podemos llamar “evangelizar la cultura”. En muchos aspectos será pre-evangelización.

Una actuación sobre valores culturales conexos que pueden hacer plausible o implausible el anuncio. En esto último va mi respuesta al qué puede ser “evangelizar las culturas”.

2.- ¿Cómo hacerlo?

- 2.1 El primer postulado es: conocer la cultura y valorarla justamente, sin cicatear aprobación para todo lo positivo. Parece obvio. Es también lo que espontáneamente aconsejamos a los que han de afrontar una cultura nueva (Asia, África). Pero a nosotros nos puede costar conocer y valorar las culturas emergentes en el cambio acelerado de la “secularización”.

a) Porque estamos habituados a lo anterior, propendemos a verlo como “cristiano” incluso ahí donde es menos concorde con la esencia cristiana: el cristianismo ha estado integrado en la “cultura tradicional” (contribuyó a crearla, junto con factores culturales hebreos, helenistas, romanos, germánicos. . .)

b) No nos gusta mucho de lo cambiante porque nos descolora, nos da trabajo, nos obliga a revisar, a discernir con riesgo.

- 2.2 Pienso que estas afirmaciones son teoremas generales que hubieran sido válidos en cualquier hipótesis de evolución histórica. Pero que hay que añadir, además, la peculiaridad no necesaria que supuso en la historia cristiana el llamado “giro constantiniano” (es decir, urdo lo que sabemos queda aludido con ese título simbólico). La “cristiandad” medieval tuvo su grandeza; no se trata de negarla. Pero cada vez más nos damos cuenta de que fue muy inmadura. Destaco algunos rasgos, siguiendo a Delumeau:

1) No hubo suficiente conversión personal en la entrada masiva a la Iglesia.

2) No hubo evangelización a fondo y cuando la hubo fue por motivaciones espúreas, con fuerte prevalencia del temor.

3) Hubo una peligrosa amalgama con el poder político, que llevó a las cruzadas y a los estados pontificios y que, incluso después, dejó siempre huellas.

4) Generó un despotismo autosuficiente con la cruel fuerza impositiva de la inquisición que se tradujo en no poco oscurantismo ante el proceso científico y humanístico de la modernidad.

Todo esto hace comprensible la revancha que en algún momento se llamó bueno el secularismo en lo que tiene de movimiento de revancha. Se trata, eso sí, de reconocer como

hecho sustancialmente buena la “secularización”, es decir la emancipación de la tutela religiosa existente: la “autonomía de las realidades temporales” como la ha formulado el Vaticano II en la *Gaudium et Spes*.

2.3 Pasemos pues a la “evangelización de la cultura secularizada”.

Se trata de ver qué tipo de actuación cabe intentar sobre ella (sobre algunos de sus factores), tal que favorezca la evangelización personal al hacer más plausible el anuncio de la fe.

Es oportuno hacer una primera observación. Si evangelio es buena noticia y la evangelización es auténtica, irá envuelta en un clima prevalentemente gozoso. Esto supone, al tratarse de afrontar una situación de distanciamiento que ha tenido hostilidades y amarguras, el que tratamos sinceramente de superarlas, de que la actitud no sea negativa, de lamentación. Para ello hay simplemente que ver que todo lo verdaderamente humano es de Dios y está llamada a incorporarse al Cristo total. Y en el cambio cultural ciertamente se han producido inhumanidades. Pero también había inhumanidades en la situación anterior que llamábamos “cristiana”. No poco del cambio ha sido humanizador, por ejemplo: todo lo que es aumento de conocimientos, la mejora del nivel de vida, el sentimiento de libertad y de igualdad, etc. . .

2.4 En nuestro esfuerzo de actuar sobre la cultura emergente ha de haber una adaptación de lenguaje. Nuestras fórmulas teológicas, morales, filosóficas se han constituido en un proceso secular, como un mosaico de elementos provenientes de aportes diversos, que ni siquiera lograron nunca la plena coherencia. Pero, sobre todo perdieron inteligibilidad. Ya no transmiten lo que quisieron transmitir; a veces pueden transmitir incluso lo contrario. O, en todo caso, algo oscuro y poco atractivo, que no podrá aspirar a tener relevancia.

Pienso que en los 25 años de postconcilio se ha atendido bastante a este punto. La teología ha renovado su lenguaje. Se han intentado, sobre todo valiosas transformaciones de la catequética. Pero aún queda bastante por hacer. Y hoy quizá tiende a prevalecer en los medios oficiales un temor contrario, de haber ido demasiado lejos, de perder unidad con la adaptación lingüística, que ha de ser necesariamente diversificadora. Habrá que superar ese temor y continuar el esfuerzo.

2.5 Más delicado aún es lo relativo a instituciones y valores. Sentimos con razón que aquí puede estar en juego algo muy importante. Alrededor de la institución familiar es donde más comprensiblemente a todos – incluso los de “espíritu abierto”- nos surge la duda de si no estarán perdiéndose valores de gran relevancia.

Voy a sugerir, modestamente, cómo veo las líneas de acción evangelizador de la cultura en este terreno.

La palabra clave para describir la actitud básica que hemos de tener es, sin duda: discernimiento. No todo es bueno ni todo es malo; ni en lo antiguo ni en lo nuevo. Lo nuevo no debe ser rechazado ni aceptado por nuevo. “Probadlo todo, quedaos con lo bueno”, escribía ya San Pablo.

Un discernimiento válido depende del criterio. Aquí me parece que los cristianos tenemos un legado de admirable valor y efectividad: Jesús insistió en que el único principio valoral -para El inseparable del amor de Dios- es el amor del prójimo, la *ágape*.

Y San Pablo recogió esa enseñanza con clarividencia: el amor es la realización, más allá del simple cumplimiento, de la ley, de cualquier ley.

Amar en el sentido cristiano, es querer a la otra persona y su bien, como quiero la mía; más profundamente: como puedo pensar nos quiere Dios.

El criterio está, pues, ahí. Verlo claro nos libera de los legalismos que hasta no hace mucho desfiguraban la imagen de la actuación cristiana. Y hacia los que hoy todavía algunos pueden sentir nostalgia, porque dan seguridad.

2.6 Pero hay que reconocer que la aplicación del criterio, que a veces sí será clara, otras veces no lo será y nos dejará en perplejidad. San Pablo suponía que cada uno debe tener viva su conciencia, sinédisis, para resolver según el principio del amor los casos concretos. Se nos juzgará no por la norma abstracta, sino por nuestra conciencia.

Todo se hace más difícil cuando se trata de ejercer colectivamente la conciencia para discernir lo bueno y lo malo de las tendencias culturales emergentes, para decidir cuál es nuestra actuación oportuna ante ellas. La conciencia ha de hacerse dialogante, el discernimiento comunitario. (Algo que se enuncia más fácilmente que se practica; pero que debemos por todos los medios intentar hacer efectivo).

Añado aún: este trabajo de discernimiento ha de referirse -y así lo hace hoy la mejor exégesis y teología-, a nuestras tradiciones más básica, incluso las recogidas en el Nuevo Testamento, que ya dijimos tuvo su inculturación peculiar. Un ejemplo importante: a la luz del principio de la ágape que en el mismo contexto se recuerda, tendremos derecho a revisar los elementos de cultura patriarcalista que subyacen a algunas exhortaciones en las cartas deuteropaulinas. Me refiero -y esto nos es obvio- a los que suponen como válida la institución de la esclavitud. Y también a los que en esos mismos pasajes dan por obvia la subordinación de la mujer al varón. (“Maridos, amad a vuestras mujeres; esposas obedeced a vuestros maridos...”). Desde el principio del amor, tenemos que celebrar con gozo el cambio cultural que reivindica la igualdad de la mujer. Esto es más cristiano que lo que existía inevitablemente en el Siglo I y pasa como supuesto a ciertos pasajes del nuevo testamento.

2.7 Creo que hay que denunciar un doble riesgo que nos acecha en nuestras proclamaciones actuales de “evangelización de la cultura”. El primero es la tendencia a imitar miméticamente la cristiandad. Aquella síntesis medieval, admirable en muchos aspectos y que ha sobrevivido o ha tendido a sobrevivir parcialmente hasta hoy, sobre todo en ciertos países. Sería un anacronismo imposible tal añoranza. Pero, además, equivocado, porque tendería a reproducir ciertos defectos que antes ya critiqué y a negar muchos valores nuevos surgidos después.

El otro riesgo -fácilmente vinculado al anterior- es el de la retirada a un nuevo ghetto cultural; donde para el grupo de los elegidos estarán al menos vigentes los valores verdaderos, es decir, los tradicionales, preservados de la contaminación ambiental del mundo de hoy.

Me parece claro que hoy se dan grupos y tendencias hacia la mímesis de la cristiandad y/o hacia el ghetto. Se deben al comprensible miedo a la disolución en que se ve han caído otros. Pero el miedo es mal guía. El camino es descaminado. Hay que dar a favor del cristianismo el testimonio de que no es anacrónico, que es buena noticia también para hoy.

Quizá en las tendencias mencionadas juega también un papel la añoranza de una mayor relevancia social y cultural, como la que tuvo el cristianismo en la edad media. Pienso que hay que aceptar pacíficamente el hecho de que nuestro mundo pluralista -de nivel planetario- no nos dejará ya nunca las posibilidades de relevancia social y cultural que tuvimos en aquellos tiempos pasados de mucho menor complejidad.

2.8 Conexo con lo anterior va esto otro, que nos podemos preguntar. ¿Podemos ser creadores de cultura? Se me ocurre responder. ojalá, con tal que sea auténtico. Pero no es nada fácil. (Podemos, si lo hacemos mal, crear caricaturas contraproducentes).

¡Debemos, en todo caso, estar presentes en los centros de creación y trasmisión de la cultura! Quizá aquí radica la importancia de obras de gran envergadura y esfuerzo, como puede ser esta Universidad. Los cristianos podemos estar presentes en los censos de creación y trasmisión de la cultura mediante instituciones propias, sea haciéndonos presentes en las generales. Ambas vías tienen sus ventajas y pueden ser complementarias.

Nunca en todo caso lo haremos bien si nuestro espíritu es sectario. Más bien: con todos los humanos, como unos de entre ellos que se sienten portadores de una clave última del sentido de la aventura cultural humana, colaboremos a hacer avanzar la humanidad. Sintámonos partícipes de un “ecumenismo humanista” (sin que ello suponga renunciar a nuestra peculiaridad). Lo verdaderamente “humano” es ya de algún modo cristiano, lo específicamente cristiano plenifica la “humanidad”.

2.9 Siempre, pero más en la presente coyuntura del mundo cuando por primera vez vivimos a nivel planetario y todos dependemos de todos, para hacernos bien o para hacemos mal - se hace necesario añadir a lo dicho que una auténtica evangelización de la cultura incluye una acción sensibilizadora hacia las dolorosas injusticias que hoy existen en el reparto de los bienes, y muy en particular de los bienes que constituyen la cultura y de los que permiten el acceso a una mayor cultura.

Hoy es ya paulatinamente más y más posible que la humanidad se acerque a una situación donde un buen reparto de los bienes producidos traiga condiciones de vida humana y digna a todos los habitantes del planeta -respetando, por otra parte, los equilibrios ecológicos, sin los que todo se arruinaría- Pero no se ve que caminemos derechamente a la realización de esa posibilidad.

El principio cristiano del amor y de la solidaridad universal pide a cada persona y a cada grupo humano que se proponga como prioritario el esfuerzo por orientar toda la actividad humana hacia una mayor justicia social; superando los instintos egoístas y no cayendo en la ilusión de pensar que la justicia resultará automáticamente de un desarrollo enfocado desde el egoísmo.

Quizá pueda la comunidad universitaria aportar luz a los políticos y economistas mediante estudios interdisciplinarios, donde se ponderen los diversos puntos de vista y se discierna el camino del progreso social integral. (Sabido es cómo los agentes inmediatos de la vida política y económica olvidan fácilmente todo lo que no cuadra con sus meras certezas, muchas veces tan solo partidistas). Y quizá es ello particularmente importarme hoy en el Continente Americano, donde abundan los recursos naturales y humanos; donde, quizá, se juega más que en ninguna otra parte del planeta, el futuro de la humanidad.

2.10 Los agentes.

Este último punto es de gran importancia. Esa evangelización de la cultura, tal cual la acabo de sugerir, es tarea típicamente laical. Es decir, aunque no excluye la discreta presencia de los ministros ordenados, concierne por igual a todos los miembros del pueblo de Dios –"laicos"-. Ha de ejercerse en todas las circunstancias de la vida; pertenece a esa "consagración del mundo" que la constitución *Lumen Gentium* asigna como papel laicado. Este es un punto donde sin duda hemos avanzado en los últimos 25 años; pero, donde aún nos queda mucho que hacer para que sea realidad la gran revolución eclesiológica del Concilio Vaticano II. Hay que desclericalizar la Iglesia. Seguirá habiendo una jerarquía de ministros ordenados para la vida sacramental de la iglesia. Pero no serán ellos solos o la Iglesia, los que se dedican a pastorear a las fieles ovejas.

Es menester avanzar más en la transmisión de competencias. Es claro, por otra parte, que ella ha de ser paulatina, porque supone a unos laicos bien formados y muy libremente voluntarios de aceptar el peso de la responsabilidad.

Sacaré de aquí la consecuencia de que deben los laicos estudiar teología en mucha mayor medida de lo que es hoy habitual. Como teología es "reflexión de la fe", para que sea la "reflexión de la fe de un laico" deberá ser neología laical: quizá menos preocupada por detalles de precisión doctrinal, ya en gran parte históricos, y mucho más por responder a las preocupaciones que la cultura actual plantea a los laicos más vivamente que a los ministros ordenados.

A ello veo muy unido el fomento de la auténtica reflexión filosófica. Esta es la reflexión de la vida humana como tal; y se roza -o se sobrepone- con la reflexión teológica de la fe. El diálogo de las ciencias y las artes, de la economía y la política... con lo cristiano se hace principalmente en ese nivel de reflexión y lenguaje que es la filosofía, sin desvalorizar la filosofía académica, pero sin ponerla como requisito para lo que estoy sugiriendo, que es más universal.

Con ello y para terminar, vuelvo como sin pretenderlo a b que puede ser una Universidad de inspiración cristiana, como es la de ustedes.

Un censo de estudio e investigación, de enseñanza a nivel superior de todo lo que constituye la cultura contemporánea, que no descuide la presencia de las ciencias y las tecnologías de tan decisivo influjo en la civilización contemporánea, pero que privilegie aspectos de la cultura que más cerca tocan a la persona humana y la hacen capaz de ser plenamente y actualmente humana; abierta a un diálogo con todo buen humanismo.

En la medida en que eso haga, pienso, la Universidad habrá contribuido a "evangelizar la cultura": es decir, a hacer plausible y gozosamente aceptable el anuncio cristiano a los propios miembros de la universidad y, a través de ellos, a otras muchas personas de toda la sociedad.